



Año II

Nº 3

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Luis Castro Saborio

Omar Dengo

José Fabio Garnier

1913

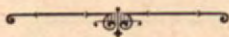
SAN JOSÉ, COSTA RICA



TIPOGRAFIA NACIONAL

INDICE

La Revolución Francesa.—(Saludo a Francia, por el Doctor don Ramón Zelaya).....	223
Las razas del hombre primitivo.—(Conferencia del Dr. don Vicente Lachner Sandoval).....	226
Salomé.—(Poesía del señor don Roberto Brenes Mesén).....	245
Pedagogía experimental.—(Conferencia del profesor don Luis Felipe González).....	249
Heredia.—(Conferencia del Licenciado don Manuel Sáenz Cordero)....	269





Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1913

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Ernesto Martín
Enrique Jiménez Núñez

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Fabio Baudrit
A. Alvarado Quirós

Secretarios

Elías Leiva
G. Zúñiga Montúfar



La Revolución Francesa

Saludo a Francia por el Doctor don Ramón
Zelaya en la velada efectuada por el Ateneo
en el Teatro Variedades el 14 de julio último

Con un elevado espíritu de culta gratitud hacia la madre intelectual de las naciones, me ha hecho la honra de encargarme esta advocación a la noble Francia, en esta fecha memorable, el Ateneo de Costa Rica.

Cierto, no es la mía la voz autorizada para elevar una plegaria de admiración devota, digna de la memoria de los hombres que tomaron la Bastilla de los reyes francos y rompieron para siempre las cadenas del espíritu humano; y no puedo atribuir el honor que en esta hora me confiere aquella naciente institución,—cuya marcha precaria se prosigue al calor de la fe del artista Justo Facio,—sino a la conocida y espontánea facultad de mi alma de admirar con fervor y desinterés todo cuanto en el reino ilimitado de la inteligencia me parezca admirable.

No hay, en verdad, en la Historia del Mundo, señoras y señores, después de la aparición del cristianismo en Oriente, un fenómeno social más extraordinario, que haya conmovido hasta las últimas fibras del género humano en su penoso devenir, y en que mejor se palpe la casi directa intervención de la Providencia divina en el destino de los hombres, como esa tormentosa explosión que se llama 1789!

Nadie ha podido definir hasta ahora lo que fué la Revolución francesa, ni cual es el origen del gran viento de reforma que ese nombre significa.

Ni aquellos apóstoles de la Filosofía que fueron sus profetas y que, según la Historia, desataron los cuatro vientos del espíritu humano, para que soplaran irresistiblemente sobre la hoguera portentosa, se imaginaron nunca la curva inconmensurable que habrían de describir las llamas del incendio que preparaban con su pluma independiente;—ni aquellos gigantes como Mirabeau, Danton y Robespierre, brazos vigorosos de los teorizantes del siglo XVIII, fueron otra cosa que fuerzas ciegas de la Naturaleza, volcanes,—si se quiere,—de melenas sublimes peinadas por la tempestad, pero ignorantes de la brújula que marcaba su derrotero al huracán revolucionario; ni el gran Emperador, rayo fulgurante que forjaron las fraguas poderosas del 93, con las almas de César y Alejandro, y que de Madrid a Moscou fué regando la simiente de igualdad, supo comprender, y mucho menos ejecutar, el humanitario e impeccedero programa de los hombres de 1789.

¿Qué fué entonces la Revolución francesa? Monseñor de Segur dice que “es el espíritu del mal, el mal elevado a la más alta potencia, el mal en carne y hueso, Satanás en persona”.

Esa no es por cierto, la opinión de Goethe.—Habiendo presenciado la jornada de Valmy y visto que los voluntarios de la República saludaban la metralla enemiga con el grito de ¡Viva la libertad! dijo a los oficiales que le rodeaban: “Hoy empieza una nueva era de la Humanidad: podéis decir que habéis asistido a su nacimiento”.

Esta es la única definición posible de la gran Revolución: una nueva era de la Humanidad.—Pretender analizarla en todos sus alcances sería tan temerario como querer contar los tesoros del Oceano.

En el año de 1789 se realizó la creación de todo un mundo, del mundo moderno en que vivimos.—Los que efectuaron ese prodigio no fueron Voltaire, Rousseau, Diderot y compañeros.—Repito que esos pensadores profetizaron una profunda evolución en la ideas, un cambio de orientación para los hombres de bien; no previeron ni lejanamente que la gran masa de pecheros, que el vil populacho habría de constituirse, de la noche a la mañana, en el pueblo so-

berano, árbitro exclusivo de su suerte.—El único de aquellos filósofos que asistiera a la aparición de la aurora revolucionaria, Reynal, padeció tal desilusión y tan grande sorpresa, que dirigió una carta a la Asamblea Constituyente, con la esperanza de detener el curso irresistible de los acontecimientos.—Esa carta provocó la risa y las murmuraciones de los representantes del pueblo.

No; la Revolución francesa no es la obra de dos ni de cuatro, ni de seis: es la obra del espíritu humano en su marcha inevitable hacia el progreso, es la mano de la Providencia que interviene en los destinos de la humanidad, para apartar de la ruta ciertos obstáculos profundamente arraigados en la historia.—Hacía mil años que el género humano arrastraba penosamente un pesado bagaje de errores y de prejuicios, se habían olvidado o despreciado los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y del ciudadano, se había llegado, por decirlo así, al máximo de la iniquidad: la Revolución francesa fué la hoguera que redujo a cenizas ese triste cargamento.

Cosa extraordinaria: nunca fué más exacta la sentencia de que Dios cierra los ojos de la inteligencia a aquellos que se propone perder.

Ved el cuadro de las monarquías de Europa, pocos años antes de 1789, trasado por el yankee Jefferson, espíritu positivista, Embajador en aquella época de la joven República de los Estados Unidos del Norte.—Jefferson decía: “Luis XV, según me consta, era un necio, el Rey de España era otro necio, el Rey de Nápoles era lo mismo.—Pasaban su vida cazando, y se enviaban cada semana, a trescientas leguas de distancia, un correo para decirse cuántas piezas había matado cada cual los días anteriores.—El Rey de Cerdeña no era menos imbécil: todos eran de la sangre de los Borbones.—La Reina de Portugal, de la familia de los Braganza, era idiota de nacimiento.—Otro tanto sucedía con el Rey de Dinamarca.—El Rey de Prusia, sucesor del gran Federico, era un verdadero cerdo, tanto de cuerpo como de espíritu.—Gustavo Adolfo de Suecia y José de Austria, tenían realmente el cerebro roto, y sabido es que Jorge de Inglaterra estaba sujeto con una camisa de fuerza.—No quedaba, pues, más que la vieja Catalina, cuya elevación era demasiado reciente para que hubiera perdido aún el sentido común”.

Si entre los soberanos imperaba la necesidad y la inconciencia, en las instituciones civiles y políticas reinaba la injusticia y la más absurda iniquidad.

De las tres clases en que estaban divididos los hombres, dos gozaban de todos los privilegios, y sobre la tercera pesaban todos los gravámenes, desde los impuestos fiscales y la contribución de sangre, hasta el inaudito sacrificio de la libertad.

Todo eso, la Revolución francesa lo barrió sin piedad, hizo tabla rasa de todas las iniquidades, de todas las injusticias, de todas las expoliaciones de los de arriba, con perjuicio del hambre de los de abajo.—Como decía Mirabeau, la Revolución impuso a las clases dominantes la expiación de diez siglos de delirio.

Tal es la obra magna de ese pueblo francés, el pueblo generoso y humanitario por excelencia, abanderado de la civilización greco-latina que es la nuestra, pueblo que reúne en su mentalidad todos los dones de que es susceptible el espíritu humano, heroico hasta lo inconcebible como el pueblo de Roma, artista hasta el refinamiento como el de Atenas, que lo mismo forja una epopeya digna de Homero con una palabra de estiércol por la boca de Cambro-ne, como canta una balada digna de Shakespeare en el curso de un duelo como Cyrano; escogido por Dios para servir de guía a la Humanidad, vedlo como camina a la vanguardia de los pueblos, ensayando todos los senderos, pesando todas las ideas, recibiendo antes que nadie en todas las ciencias los primeros fuegos de lo desconocido, la mirada fija en lo alto en todos los ideales del espíritu humano, siempre artista, siempre alegre, heroico y sublime.



Las razas del hombre primitivo

Conferencia inicial dada ante el Ateneo de Costa Rica
la noche del 14 de julio de 1913 en el Teatro Variedades,
por el Dr. don Vicente Lachner Sandoval. ££ ££ ££ ££

Después del conocimiento del propio cuerpo, qué otro estudio puede interesar más al hombre que el de sus antepasados? De ahí que la Historia sea, después de la antropología, la ciencia más humana; y es de suponerse que, desde que el hombre tuvo una mediana inteligencia, el averiguar su propia procedencia ha debido despertar en él un nuevo interés. Bajo esta suposición he escogido para mi conferencia el tema "Las razas del hombre primitivo" con la esperanza de que tanto lo interesante del asunto en sí, como la benevolencia del público ilustrado que me escucha, harán menos fastidiosa la disertación reglamentaria previa a mi ingreso a tan meritoria institución como es el Ateneo de Costa Rica.

Por demás estaría el advertir que este pequeño trabajo no es el resultado de investigaciones propias sino simplemente el modesto fruto de la lectura de obras ajenas, tratando de entresacar del inmenso trabajo que ellas representan, los puntos más salientes para presentáros las como mi humilde ofrenda.

*
* *

Hace solamente medio siglo no sabíamos aún nada acerca de la existencia del hombre prehistórico y nuestras ideas al respecto tenían por única fuente el Génesis de Moisés que atribuía a la humanidad la edad de 6000 años, a pesar de que la Historia, la investigación científica, poseía ya datos auténticos sobre el pueblo de Egipto que se remontaban a 5000 años antes de Jesucristo, de dónde la lógica se veía obligada a deducir que la existencia del hombre tenía que ser mucho más remota.

Pero en el primer tercio del siglo pasado el sabio francés Boucher de Perthes descubrió el primer indicio de la existencia del hombre en la época geológica llamada del Diluvio, y al mismo tiempo se descubría la existencia cabalmente de este período de la historia de nuestro planeta, período que concluyó hace 20000 años. Boucher encontró excavando cerca de Abbeville (valle del Somme, Francia) unas cuñas de pedernal evidentemente trabajadas por la mano del hombre y como esos artefactos estaban incluidos en capas de terreno indudablemente diluviales, hubo de concluirse que el hombre existía desde hace más de 20000 años. Sin embargo era en ese tiempo tan arraigada la creencia en una humanidad relativamente joven, obedeciendo en eso al influjo de la obra de Moisés, que aquel sabio fué ridiculizado y fué necesaria la empeñosa intervención del inglés Lyell para que por fin lograra por los años de 1860 que el mundo científico tomara en serio las revelaciones de Boucher. De ahí para acá los nuevos descubrimientos de huellas del hombre primitivo se sucedieron rápidamente, se precipitaron más bien y hoy es ya tan considerable el inventario de restos humanos y artefactos pertenecientes a las épocas prehistóricas, que una nueva ciencia ha venido a aumentar los ramos del saber humano: la Prehistoria, que abarca la Antropología y la Etnografía prehistóricas; y esta ciencia novel ha robustecido y crecido cada día más, de tal manera que ya necesita de un estudio especialista como cualquiera de sus hermanas. No obstante, hay que confesar que, a pesar del enorme acopio de datos obtenidos, son mucho más los que aun permanecen ocultos para la ciencia y está reservado al porvenir el completo desarrollo de la Prehistoria. Futuras excavaciones practicadas más sistemáticamente y en territorios aun inexplorados, como el continente americano y el australiano, serán fecundas en revelación es y aclararán muchos puntos aun oscuros.

Por ahora séame permitido pasar revista, aunque muy sucintamente, a los hechos demostrados como ciertos, que son ya de considerable importancia.

* * *

La geología, o sea el estudio de las diferentes capas que superpuestas forman la corteza de la tierra, nos dice que hace próximamente 20000 años concluyó una época llamada glacial o del diluvio y que duró por ahí de millón y medio de años; ese período, mero incidente en la vida de nuestro planeta, estaba caracterizado en las regiones cercanas al ecuador por un aumento extraordinario de las lluvias, y en las regiones frías del Norte y del Sur por un crecimiento del área ocupada por las nieves perpetuas que cubrían las montañas, de tal manera que altísimas capas de nieve fueron a envolver en blanco sudario regiones bajas hasta ahí cubiertas de verdes bosques, repeliendo con poderoso empuje toda vida orgánica, plantas y animales, hacia territorios más próximos al ecuador. En toda la tierra hubo un considerable descenso de la temperatura, de donde proviene el nombre de época glacial. Está por demás decir que no se trata del diluvio universal descrito por Moisés como una catástrofe repentina en castigo de los hombres y en una época relativamente reciente, sino de una evolución, una alteración paulatina, cuyas causas nos son casi desconocidas y que, como ya he dicho, duró como millón y medio de años con repetidos intervalos.

Antes del Diluvio coloca la geología la llamada época terciaria que se divide en los períodos eoceno, mioceno y plioceno, cada uno de ellos con una duración de varios millones de años. Esta época fué de bastante calor; las regiones hoy frías de Europa y Asia estaban pobladas por animales y plantas propias de climas calientes; en ella tuvo lugar la mayor actividad volcánica y fué cuando los enormes macizos de las más altas cordilleras actuales, como el Himalaya y los Andes, surgieron levantándose por encima del nivel de la tierra. Para nosotros interesante es el hecho de que durante el último tercio de esta época se formó por última vez el suelo centroamericano uniendo las dos Américas; y

digo por última vez porque ya en épocas anteriores nuestro istmo había sufrido varios hundimientos y nuevos resurgimientos; el suelo que hoy pisamos es, pues, relativamente joven. Este puente entre el Norte y el Sur, ha tenido gran importancia para la dispersión de la humanidad, de las plantas y los animales, y más importantes aun fueron las comunicaciones que existieron entre América y Europa y entre el Asia y Australia. Por último observaré que en la época terciaria tuvo lugar el florecimiento de los animales más perfectos, los mamíferos, y la casi desaparición de los grandes reptiles.

No cansaré vuestra atención describiendo las otras épocas anteriores de la vida de nuestro planeta. Bástenos retener como importantes la calurosa época terciaria y la subsiguiente época glacial o del diluvio. En cuál de ellas apareció el hombre sobre la tierra?

*
* *

El descubrimiento de huellas humanas en capas profundas del suelo hizo evidente que la presencia del Rey de la Creación sobre nuestro planeta databa de muchísimo más de 6000 años y por fin en 1856 se descubrió en Neanderthal, cerca de Dusseldorf (Alemania) un cráneo humano anidado en capas del suelo que pertenecían a la época diluvial: el hombre del diluvio estaba revelado ante nuestra vista por primera vez! pero la ciencia es por naturaleza escéptica, surgieron las dudas sobre la legitimidad del hallazgo y se suscitó entonces una célebre controversia en la cual la oposición, encabezada por el célebre médico y antropólogo alemán Virchow, con una admirable tenacidad, negaba por completo la posibilidad de que el hombre haya podido existir durante el diluvio y le atribuía un origen más reciente. "El hombre jamás fué compañero del mamut" dijo Virchow enfáticamente.

Pero como si el acaso se complaciera en echar por tierra las maravillosas construcciones de sabios tan eminentes, he aquí que a poco se multiplican rápidamente los hallazgos de restos humanos pertenecientes a aquel período y disseminados en gran parte de Europa, en Gibraltar, en Bél-

gica, en Austria y especialmente en Francia donde está la llamada "Pompeya diluviana" en el célebre valle de Vezère. Toda duda tuvo que ceder y desde entonces quedó como un hecho firme que durante la época diluvial existió en Europa una cierta raza humana que se bautizó con el nombre de raza de Neandertal en recordación del lugar donde fué encontrado su primer representante y que después se ha reconocido como una especie nueva del género humano recibiendo el nombre científico de *homo primigenius* para diferenciarlo de la especie actual, el *homo sapiens*.

Pero no fué eso todo; nuevas investigaciones vinieron a revelarnos la existencia de otra raza humana, también de la época diluvial, distinta y posterior a la de Neandertal y que se llama la raza de Cro-Magnon, encontrada primero en el ya citado valle de Vezère y después en muchos lugares de Europa. Esta raza pertenece a la especie *homo sapiens* y es por consiguiente el origen del hombre actual. La ironía del destino quiso no dejar en pie ni siquiera la afirmación de Virchow de que el hombre jamás fué compañero del mamut, pues en La Magdaleine (Francia) se encontró un soberbio dibujo de este elefante antiguo, ejecutado en las rocas de una gruta con admirable precisión por un individuo de la raza de Cro—Magnon!

Los innumerables objetos de uso trabajados por el hombre de Neandertal y aun más, las verdaderas obras de arte ejecutadas por el hombre de Cro-Magnon, venían a indicar que el hombre había alcanzado ya en el período del diluvio relativamente un alto grado de cultura y civilización incompatible con un origen reciente; era preciso concluir que su existencia sobre la tierra era mucho más remota, con otras palabras, que teníamos que bajar a la época anterior, a la terciaria, en busca de su origen.

Y no faltaron las huellas del hombre terciario. Depositados en capas arenosas del suelo pertenecientes al período mioceno de la época terciaria se habían encontrado en Aurillac (Francia) y luego en Inglaterra y Bélgica, los llamados *eolitos* o sean pedernales que, por la selección de que habían sido objeto buscando las formas más manuales y más adecuadas al uso como martillos o hachas etc. y por la circunstancia de hallarse acumulados en ciertos sitios, indicaban a las claras que habían servido como instrumentos al hombre y que éste existió, pues, en la época terciaria.

La prueba definitiva de ello tardó en llegar, pero por fin se encontró en Maner, cerca de Heidelberg (Alemania) en 1907 el primer resto humano de aquella época. Se trata simplemente de una quijada inferior, la cual, por estar acompañada de restos animales propios del final de la época terciaria (período plioceno), pertenecía indudablemente a un hombre que vivió en ese tiempo. El año pasado se descubrió en el condado de Sussex (Inglaterra) un cráneo humano que pertenece probablemente al mismo periodo plioceno, pero la fijación de su edad es aún problemática.

De todo lo dicho puede deducirse con seguridad que el hombre existe sobre la tierra desde mediados de la época terciaria, es decir, desde unos 6 a 8 millones de años por lo menos. ¡Qué pequeña, qué insignificante aparece ante estas cifras, cuya comprensión causa vértigo, la historia escrita de la humanidad y de la cual nos sentimos tan orgullosos; y sin embargo no abarca más que unos 8000 años, es decir, apenas la milésima parte de su edad!

Pero bien, el hombre terciario no pudo resultar repentinamente surgiendo de la nada. No tuvo otros predecesores? En Monte Hermoso y en Buenos Aires (Argentina) por un lado, y en Trivil (isla de Java) por otro lado, se han sacado a luz osamentas que muestran gran semejanza con los restos del hombre primitivo de la raza de Neandertal y al mismo tiempo con el esqueleto de verdaderos animales, de los monos llamados antropoides por su parecido con el hombre, como el gorila, el chimpancé, el orangután y el gibón. Tan insignificantes son las diferencias que esos esqueletos ofrecen con las especies vecinas, que el notable antropólogo argentino Ameghino se ha empeñado en demostrar que el esqueleto de Buenos Aires es humano, mientras que los antropólogos europeos opinan por que tanto los restos americanos como los javaneses pertenecen a un animal que han bautizado con el nombre de Pithecanthropus, hombre-mono, como intermedio entre los monos antropoides y el hombre verdadero. Ciertamente es que el tipo de Argentina se acerca más al humano que el de Java. Pero los restos del Pithecanthropus pertenecen al último período terciario, es decir, que ese animal vivió al mismo tiempo que el hombre ya formado como tal, si bien en regiones apartadas, en América y en Java. Luego no podríamos decir que el uno descendiera del otro, más bien era de aceptar, dada la gran proximidad de ambos,

que el Pithecanthropus y el hombre terciario descienden conjuntamente de un tercer sér aun desconocido.

Como se ve, tan pronto como no se acepte que el hombre tuvo un origen sobrenatural, entramos plenamente en aquella doctrina llamada de Darwin, establecida medio siglo antes que él por el eminente zoólogo francés Lamarck. Piénsese sobre esta doctrina lo que se quiera, un hecho queda inmovible: todas las especies vivientes, sean plantas o animales, son variables, nada hay inmutable en el universo. Las especies actuales descienden de otras ya desaparecidas y a su vez, con el trascurso del tiempo, darán lugar a la formación de otras nuevas, aunque esta transformación sea tan lenta que escapa a la observación personal, pero nos la revela la paleontología, el estudio de las plantas y los animales de épocas remotas. Y el hombre no habría de ser la única excepción en el universo y escapar a la ley de la evolución progresiva: el hombre de mañana será distinto del de hoy y el estudio de los restos del hombre primitivo demuestra que éste era otro que el actual.

Luego, la lógica inexorable nos obliga a pensar que el hombre primitivo tuvo necesariamente que descender de otro sér distinto de él, de un sér al cual nos veríamos ya obligados a negarle el predicado de humano, pues la evolución siempre se ha verificado en el sentido del mayor perfeccionamiento, nunca del retroceso!

*
* *

Hemos sentado ya como un hecho que el hombre existe desde mediados de la época terciaria. Veamos ahora sus progresos en cultura y en la conformación de su cuerpo.

La primera raza, la del hombre terciario, está representada hasta ahora únicamente por el hombre de Heidelberg, del cual poseemos sólo la mandíbula inferior; a igual raza pertenece probablemente el cráneo de Sussex. La capacidad de su craneo y por consiguiente el volumen de su cerebro era ya en mucho mayor que la del Pithecanthropus que sólo abarcaba 850 cms. cúbicos, la del hombre terciario (de Sussex) es de 1000, (en los actuales pueblos salvajes llega a 1200, en la raza Neandertal a 1230, en el hombre europeo

a 1300 y hasta 1500 cms. cúbicos). De modo que la inteligencia del hombre terciario o de Heidelberg ocupaba un término medio entre el Pithecanthropus (animal) y la raza diluviana de Neandertal, pero inferior a la de los más primitivos salvajes de hoy. Su aspecto debió ser bastante parecido al de los monos antropoides: la frente bastante inclinada hacia atrás, el cráneo bajo en la parte posterior acusa un cuello grueso y musculoso como el de los monos superiores; la nariz era ancha y achatada, el maxilar superior saliente; la mandíbula acusa caracteres aun más animales: el mentón o barbilla, esa prominencia bajo los labios característica del hombre moderno, faltaba por completo, de modo que de los labios a la garganta sólo va una línea poco encurvada; los colmillos eran más largos que los otros dientes. Todo esto hace que la parte inferior de la cara afectara una forma como de hocico poco prolongado. Sin embargo el cráneo de Sussex tiene algo que lo hace superior a la raza posterior de Neandertal: las prominencias superciliares no eran abultadas, por lo cual su frente era más humana. El hombre terciario se movía sobre sus pies en posición casi completamente recta y usaba de sus manos libremente.

En vista de esto cabe preguntar: ¿no se trata aquí de una especie animal, prehumana, puesto que al mismo tiempo existía en otras regiones el Pithecanthropus? ¿La falta del mentón no sería una prueba de que esta especie aun no poseía un lenguaje articulado y por consiguiente no podría contarse entre los seres humanos? Esta duda tendría motivo de ser, pues sabemos que el mentón es una consecuencia de la formación de ciertos músculos de la garganta necesarios para la articulación de los sonidos. Pero esos músculos son la causa, el mentón es la consecuencia y por consiguiente es de origen secundario, de modo que bien podía no haberse formado todavía cuando ya existían los músculos fonéticos; además la misma falta del mentón la observamos todavía en esqueletos de la raza de Neandertal que indudablemente ya era humana. Creo del caso mencionar aquí que he conocido en Costa Rica un individuo que carece completamente del mentón: un caso interesante de atavismo! Hay que suponer, pues, que en el hombre terciario existía ya el lenguaje articulado, pero todavía rudimentario, el cual no había tenido tiempo aun de causar secundariamente la formación del mentón, la transformación de toda la mandíbu-

la. Por último, la capacidad del cráneo acusa en él una inteligencia ya superior. Por deducciones que sería largo exponerlas aquí, sabemos que el pie de aquellos hombres había cambiado de forma al cambiar de función: ya no era una extremidad prehensil, con el dedo mayor oponible y dispuesta para agarrar objetos, sino que ya afectaba la forma de una extremidad maciza, ancha, achatada, propia para servir de apoyo en el suelo; el dedo mayor era aun separable, como lo observamos todavía hoy en algunos australianos. Por último, el cuerpo estaba bastante poblado de pelo.

En cuanto a sus habilidades sólo conocemos del hombre terciario los *eolitos*, piedras aparentes para servir de instrumentos; esos pedernales no habían sido trabajados o reformados para hacerlos más utilizables, si bien algunos investigadores creen notar en ellos trazas de laboreo. Pero esto es dudoso, hasta ahí no había llegado todavía el desarrollo de la inteligencia humana; el hombre se limitaba a escoger para instrumentos, objetos existentes ya en la naturaleza, y con sólo eso ya se había colocado a gran altura sobre los animales. Muchos de éstos, por ejemplo los monos, se sirven de instrumentos naturales (arrojan palos a sus enemigos, quiebran nueces con una piedra etc.), pero no los conservan y guardan para volver a usarlos más tarde, no tienen interés alguno por su utensilio sino que lo abandonan después de servirse de él; los animales proceden en esto por simple movimiento reflejo. El hombre terciario, al revés, obraba inteligentemente, buscaba los pedernales más filosos, los más manuales y adecuados a su objeto y, luego de servirse de ellos los guardaba, como lo atestiguan los montones de *eolitos* encontrados en las grutas.

Pero cuán rudimentaria debe haber sido la inteligencia del hombre en esta época, se comprende en seguida si consideramos que entre los *eolitos* de Aurillac y el principio del diluvio transcurrieron más de un millón de años y en lapso tan enorme el hombre no progresó nada al parecer; todavía en los principios de la época diluvial encontramos los mismos pedernales sin laboreo, el mismo estado rudimentario de la técnica. Todo esto tiene su explicación natural: el hombre jamás progresa por propio impulso sino obligado por la necesidad, como podemos comprobarlo hoy mismo; la lucha por la existencia es y ha sido siempre la espuela, el único estímulo para el progreso. Y el hombre de

la época terciaria parece no haber conocido las necesidades, especialmente le eran favorables el clima caluroso y la exuberante vegetación de esa época. Pero vino luego el período glacial y con él la carencia de alimentos vegetales y animales: el hambre y el frío obligaron al hombre a aguzar su inteligencia para proveerse de alimentos, vestidos y habitación y pronto (relativamente) vemos el progreso manifestándose especialmente en la técnica; al mismo tiempo veremos también progresar la evolución de su propio cuerpo.

*
* *

Veamos ahora la época del Diluvio. En su primera parte Europa estaba poblada por la raza de Neandertal, o mejor dicho, por la especie *homo primigenius*, que por sus caracteres corporales era completamente distinta de cualquiera de las razas hoy existentes del *homo sapiens*. Lo que principalmente caracteriza al individuo de Neandertal son las grandes protuberancias superciliares que formaban sobre los ojos como un techo y las órbitas demasiado grandes. Si a esto agregamos la frente fuyente, la falta del mentón, los huesos de las extremidades gruesas y macizas y los brazos demasiado largos, tendremos que su aspecto debe haber diferido poco del de un gorila. Por otra parte, su cráneo tenía una capacidad de 1230 cms. cúbicos siendo más amplio, como ya hemos visto, que el de la raza anterior y aun que el de las razas salvajes de nuestros tiempos; su inteligencia, pues, alcanzaría ya un alto desarrollo.

En cuanto a la civilización del *homo primigenius*, poseemos algunos datos de los cuales, además, pueden sacarse importantes deducciones. La técnica no pasó por de pronto del estado rudimentario que vimos en el hombre terciario; durante largo tiempo parece haberse contentado con la selección de piedras que sirvieran como armas o como herramientas, aunque debemos tomar en cuenta que solamente los utensilios de piedra pudieron conservarse hasta hoy, que el hombre indudablemente se sirvió también de la madera y otros materiales nada durables, de los que no quedaron ni rastros. Luego se van encontrando en las sucesivas capas de terreno que forman el suelo de esta época, pedernales

cada vez más perfeccionados, trabajados con más esmero para adaptarlos al uso, ya como hachas de mano o martillos, ya como puntas de lanza, etc. La más trascendental conquista que el hombre ha hecho en su larguísima historia y que debía cambiar por completo su situación sobre la tierra, la que debía poner una barrera infranqueable entre el hombre y animal, *la conquista del fuego*, aparece por primera vez en la historia en la raza de Neandertal, aunque talvez existiera desde antes. Cuánto tiempo hacía que el fuego estaba en su poder, cómo y cuándo lo conquistó? Imposible sería contestar a estas preguntas. Pero en las excavaciones practicadas en Krapina (Croacia) se encontraron muchos huesos humanos quebrados en menudos pedazos y calcinados. ¿Qué significación tiene tan importante descubrimiento? Dos cosas: que ya el hombre de la primera parte del Diluvio, poseía y utilizaba el fuego y que practicaba el canibalismo! No podemos asegurar que ya entonces hubiera inventado el difícil arte de hacer brotar el fuego artificialmente y a voluntad, pero sí que sabía conservarlo y emplearlo para asar la carne y para otros usos. Talvez al trabajar el pedernal, notó el hombre la producción de chispas y que éstas eran capaces de encender el fino polvillo que resulta de frotar un pedazo de madera con otro. Para hacer tal combinación en su cerebro, lo mismo que para idear el modo de conservar y propagar el fuego, se necesitaba desde luego una inteligencia de notable perfección. Y sin embargo el hombre de Neandertal ya era capaz de combinaciones mucho más complicadas. En efecto, en Le Moustier, lo mismo que en La Chapelle [Francia], fué hallado un esqueleto humano que había sido sepultado cuidadosamente, más aun: piadosamente: bajo la cabeza se le había puesto una almohada de pedernales y a su lado sus armas y herramientas, y hay trazas de que también provisiones de boca. Consideremos con atención lo que este simple hecho nos revela: no sólo que ya se sepultaban los muertos, que se les hacían funerales, sino también que ya se tenían ideas sobre la existencia y la inmortalidad del alma; muerto el hombre, su alma libertada seguía viviendo y necesitaba ser auxiliada en su peregrinación, para lo cual se le daban armas y provisiones. La idea de un alma sobreviviente tiene que haber brotado casi con los primeros destellos de la inteligencia humana, pues es la más plausible explicación de aquellos sueños

en que se nos aparecen personas ya muertas hablándonos y accionando como los vivos. De modo que tenemos que remontarnos por lo menos hasta el hombre de Neandertal para descubrir ahí los primeros principios de la religión y de la filosofía, principios muy rudimentarios sí, pero no más que en los australianos de hoy.

Otras deducciones podemos obtener de aquel descubrimiento: debemos colegir que quienes así cuidaban de los muertos, no habrían de escatimar su auxilio a los vivos e inmediatamente brota la idea de una vida social, las raíces de nuestra moral que debió regular desde entonces las relaciones de padres e hijos y de familiares entre sí y ocasionaría por fin la formación de hordas basadas en el auxilio mutuo y la fidelidad entre sus miembros. ¿Existiría también en ese tiempo el matrimonio aunque fuera en forma de poligamia? Es seguro que sí porque la promiscuidad sexual ni existió antes que el hombre, esto es, en los monos superiores, ni se ha conocido nunca después en la humanidad sancionada como institución.

En este cuadro placentero de la primera moral humana, parece a primera vista que el canibalismo, con que tropezamos en Le Moustier, fuera un contraste sombrío. Pero en primer lugar debemos tomar en cuenta que esta horrenda costumbre existe aun hoy mismo en pleno siglo XX, y no por cierto en los pueblos más salvajes; en segundo lugar, no olvidemos que la humanidad, en todo tiempo y en todo lugar, ha reconocido siempre una doble moral, distinta para los propios que para los extraños. Por mucho tiempo la crueldad para con los vencidos fué la norma entre hombres que se preciaban de morales, véase si no la Iliada de Homero; el egoísmo y aun el odio para los que no son de nuestra propia raza regulan aún hoy día, como factores nada inmorales, nuestras relaciones internacionales. ¿Qué de raro, pues, que los hombres más primitivos devoraran a sus enemigos vencidos? Pero hay aun algo más: la existencia del canibalismo es, por paradójico que ella parezca, una prueba de la superioridad del hombre; es sumamente raro entre los animales, a su instinto repugna la carne de la misma especie; y para que el hombre desde que principió a serlo, haya puesto a un lado un instinto tan arraigado en los animales superiores, debe haber sido inducido a ello por motivos muy poderosos y propios sólo de él, motivos ajenos

a la animalidad. En efecto, como tales motivos podemos constatar en los caníbales de nuestros días la creencia de que con ellos se adquieren por trasmisión, importantes cualidades de la víctima, su valentía, su fuerza, su sagacidad, etc., es decir, parte de su alma. Luego el canibalismo demuestra por lo menos un rudimento de la creencia en el alma inmortal.

*
* *

¿Qué ha sido de esta raza importantísima, qué fué del *homo premigenius*? En los períodos tardíos de la época diluvial, ya no se le encuentra en Europa; tampoco se nota relación alguna con ninguna de las razas posteriores de Europa, que pertenecen a la nueva especie del *homo sapiens*; solamente puede considerarse como cercana al hombre de Neandertal, en cuanto a la conformación del cráneo, la raza australiana de hoy. Es posible, pues, que la especie de Neandertal, originaria de la zona templada del Norte y obligada por la inclemencia del período glacial, emigrara hacia el Sur en busca de condiciones más favorables a su existencia, fuera luego empujada por una raza superior hacia el Africa y el Asia y pasara de aquí, por el puente de la India y de Célebes, a refugiarse en Australia. En este continente, pequeño, aislado y libre de animales peligrosos, debió encontrar entonces la especie humana primitiva un asilo seguro que la preservara de la destrucción, pero que también, dadas las condiciones favorables de clima y medio ambiente, sin la lucha vivificadora por la existencia, paralizara casi por completo su perfeccionamiento intelectual y corporal, de modo que debido a esa circunstancia, hoy podemos observar en Australia los representantes poco alterados del hombre primitivo, como se han conservado ahí mismo los animales más primitivos de los mamíferos: los monotremas y los ornitorincos.

Lo cierto es que el *homo premigenius*, diseminado antes por gran parte de Europa, desapareció de ahí por completo y en su lugar vemos aparecer en la segunda parte del Diluvio una nueva humanidad, el *homo sapiens* en forma de su primer representante, la raza de Cro-Magnon.

¿Descendía éste de aquél? O bien, ¿invadió el último el territorio europeo, viniendo de afuera y arrollando ante sí la raza de Neandertal que le era inferior? De esto nada puede decirse con seguridad. Como un indicio solamente mencionaré el hecho de que a una época intermedia entre ambas razas pertenecen los esqueletos humanos encontrados en Salutré (Francia) y en Predmost (Moravia), en los cuales los rasgos pertenecientes a la raza de Neandertal, especialmente la falta del mentón, están al desaparecer, de modo que podrían ser estos individuos una forma de transición entre aquellas razas.

*
* *

Los caracteres antropológicos de la raza de Cro-Magnon, son los del hombre actual; eran hombres hermosos, fuertes, grandes, de cabeza claramente europea, sin prominencias superciliares, con un mentón pronunciado, de frente recta. Se trata, pues, de la actual raza de Europa, cuyos orígenes se descubrieron, primero en 1868 en Cro-Magnon [valle de Vezère] y luego en otros puntos de Francia, en España, Suiza, etc.

La técnica hizo rápidos progresos en esta raza en comparación con la anterior. Todavía pertenece ella a la *edad de piedra* (así llamada, no porque fuera la piedra el único material usado, sino para indicar la ausencia de todo metal); el pedernal era trabajado con mucho esmero y de él se hacían cuchillos, puntas de lanza, hachas que ya tenían un agujero para introducir el mango de madera, etc., pero ya la importancia de este material empezaba a disminuir. El reno, animal típico de los climas glaciales, abundantísimo en Europa en aquellos tiempos y el cual era tenido por el hombre, no como animal doméstico, sino como objeto de sus cacerías, era el que le proveía de inagotable material para todos sus utensilios; de sus huesos y cuernos fabricaba agujas, leznas, puntas de lanza, puñales, harpones, etc, con gran maestría. También usaba la madera, conchas, marfil del mamut y otros materiales.

La gran cantidad de agujas de cuerno con ojo y de instrumentos destinados a raspar el cuero, indican a las cla-

ras que ya se usaban vestidos de pieles, de modo que es probable que desde entonces el cuerpo humano ya no tenía pelaje propio y se veía obligado por los fríos de la época glacial a acudir al ajeno. Cómo explicar la desaparición del pelo? Al venir les fríos del Diluvio, todos los animales, que reaccionan prontamente ante la imposición del medio ambiente, se cubrieron de abundante pelaje como lo hicieron el mamut, el rinoceronte europeo, el caballo y otros; pero el hombre carece (y carecería desde entonces) de esa facilidad de reaccionar para adaptarse, tuvo que echar mano a las pieles ajenas, se acostumbró al vestido, y el pelo ya superfluo, comenzó a desaparecer. Esto probaría que la civilización tuvo su comienzo en climas fríos, de donde se esparció después a climas calientes exterminando ahí otras razas peludas.

Hasta aquí el hombre vivía de preferencia en las grutas donde encontraba seguro refugio contra las inclemencias del tiempo y los ataques de los animales feroces como el oso de las cavernas. ¡Qué de encarnizadas luchas no se establecerían por la posesión de una de esas grutas cuando por el crecimiento de la humanidad el número de ellas no fué ya suficiente para albergar al hombre! Esta circunstancia, siempre la cruel lucha por la existencia, debe haberlo obligado a inventar la vivienda artificial. En efecto, en la gruta de Combarelles se encuentran dibujos que representan tiendas de campaña, ejecutados por la mano del hombre diluvial; de modo que ya la casa empezaba a sustituir la gruta.

Animales domésticos no existían aun como tales; ni siquiera el perro ni el caballo estaban todavía bajo el dominio del hombre.

El rasgo más sorprendente de esta raza, el mayor de todos los progresos intelectuales, la más asombrosa prueba del superior intelecto del hombre de Cro-Magnon, que lo elevaba a cien codos por encima de la raza de Neandertal, fué la sublime concepción del arte y con esto podríamos decir que casi se elevó al nivel actual. No sólo encontramos en esta raza la primera huella del arte ornamental, obedeciendo a las mismas leyes fundamentales del estilo que hoy nos rigen, sino que también pasó el hombre a copiar la naturaleza. El dibujo libre del natural alcanzó una altura admirable; no era aquellos rudimentos del arte sino el arte mismo en todo su esplendor, prueba evidente de que debió ser practicado ya desde tiempos lejanos. Como muestras de

ello citaremos: un soberbio dibujo muy real del mamut, cuya extraordinaria semejanza con el natural, fué comprobada al encontrarse el cadáver intacto de un mamut conservado desde aquella época dentro de los hielos de Siberia, dibujo cuya importancia científica hemos considerado antes; en otra parte vemos el exacto dibujo sobre hueso representando el caballo salvaje de la época y cuyo parecido se comprobó al descubrirse más tarde el caballo salvaje actual de los desiertos mongoles; otro dibujo ejecutado también en hueso, representa a un hombre deslizándose en la yerba para dar caza a un bisonte; en Combarelles están dibujados en la roca 109 animales con mucha exactitud; pero la obra más admirable de dibujo realmente perfecto como podría salir hoy de la mano de un maestro del arte, es el de un reno lleno de vida, palpitante, que se encontró en Kesslerloch (Suiza).

La escultura y el alto relieve fueron también ejercitados; como ejemplos de ello citaremos una magnífica estatuita de un caballo salvaje, la escultura de un reno echado formando un mango de puñal y el relieve de un buey almizclero.

Por último, y esto pareció increíble al hacerse los primeros descubrimientos, el hombre diluvial se remontó hasta los dominios de la pintura. En la gruta de Altamira (España) se encontraron en 1880, grandes cuadros de animales propios del final del Diluvio: bisontes, caballos, cerdos, ciervos y cabras de grandes dimensiones, los contornos excavados en la roca, el fondo pintado con ocre de negro, rojo y pardo. Pinturas semejantes se encuentran en La Mouthe (Dordoña), en la Gironda, en Combarelles y en otros puntos de Francia y de España; las más hermosas son sin duda las de Font-de-Gaume en Francia, donde se ve, entre otras cosas, un perfecto dibujo de un reno que parece un croquis moderno.

El arte vino a ser, pues, la más digna coronación de esa admirable cultura de la época del Diluvio; hasta ahí llegó, en tiempos tan incomprensiblemente remotos, el genio del hombre, de hombres que debemos llamar primitivos, pero que no por eso dejan de exigir nuestra admiración y respeto.

*
* *

Aquí concluye la antigua edad de piedra o paleolítica perteneciente a la época diluvial. Más tarde, ya en la época cuaternaria o actual, nos encontramos con otra edad de piedra o neolítica a la cual sigue la edad de bronce y muy pronto la del hierro que a su vez desemboca en la época histórica. Pero entre la edad paleolítica del Diluvio y la neolítica (cuando el hombre construyó sus curiosas chozas palustres en los lagos de Suiza) hay un abismo inexplorado; de ese tiempo intermediario no poseemos absolutamente ningún vestigio, y lo mismo hay que decir de la época entre la última raza prehistórica y el principio de nuestra historia. ¿Hubo nuevas inmigraciones de pueblos completamente extraños que destruyeron los antiguos o los arrojaron a otras regiones? Esperemos que el esfuerzo infatigable de los hombres de ciencia, logren levantar el velo que cubre tales misterios.

Bien quisiera esta noche describir la civilización notable de los hombres de las habitaciones palustres, la introducción del bronce y luego del hierro efectuada por ellos; pero el tiempo es corto para tanto y aunque se trata de una raza prehistórica, antropológicamente pertenece al mismo *homo sapiens* de Cro-Magnon; bástenos, pues, con haber conocido el principio de su civilización.



Para concluir, quiero recordar en este día, que las primeras trazas del *homo sapiens* de Cro-Magnon o sean las primeras huellas del hombre actual, se encuentran especialmente en Francia y es ahí donde hallamos los más admirables testimonios de los orígenes de nuestra civilización; ahí se encumbró el hombre, cual aguilucho precoz, hasta las cimas del arte o sean las más sublimes manifestaciones del genio humano. ¿Quiso la Providencia hacer desde entonces una revelación de lo que sería, un millón de años más tarde, la Francia de hoy?

Permitid, pues, que en este 14 de julio, el hijo de un alemán, rinda homenaje a la ilustre Francia!



Salomé

Poesía del señor Roberto Brenes Mesén, leída por la
señorita Angela Baldares, en la velada celebrada por
el Ateneo el 14 de julio último, en el Teatro Variedades

La luna se levanta de su lecho
de ámbar, como una blanca flor de plata.
Se oye la voz de Juan en la cisterna
donde habrá de morir y en el palacio
la virgen Salomé, de blanco pecho,
desde el brocal de la cisterna le habla:
«Calla, mi bello Juan; tu voz es agua
que hinche cantando el cántaro vacío
de mi ansia de adorar y ya está lleno:
te adoro, Juan, y debo hacerte mío.
Quiero mirar tus ojos, dos cavernas
donde se agitan las panteras crueles
de tus miradas, de brillantes pieles,
frescas, como si fuesen dos cisternas.
Quiero hundir los jacintos de mis manos
en tus guedejas de león rugiente
y vagar por la tarde de tu frente
sintiendo en su interior esos arcanos
de pensamiento que turbaron mi alma.

No se yo cuantas noches escondidas
 en tu melena están ni cuantas vidas!
 Tu cuerpo tiene una altivez de palma
 y me parece un templo, un bosque denso
 lleno de blancos ciervos y azucenas,
 un bosque de belleza ideal e inmenso
 donde no hay aves que lamenten penas.
 Tu rostro es un vergel donde se siente
 un suave olor de mirra, es una fuente
 murmurando en sus tazas de esmeralda»
 las palabras bellísimas de tu alma.
 Y fuese Salomé, con pasos tardos,
 soñando en la expresión de la cabeza
 de aquel profeta y murmurando quedo:
 «Como el tallo flexible de los nardos,
 bajo el peso del ala de la brisa,
 se plegará a mi encanto su fiereza.»
 El ópalo lunar de una sonrisa
 brilló en sus labios y sus verdes ojos.
 Un velillo de púrpura en la frente
 de la luna roció de tintes rojos
 la terraza de mármol del palacio,
 las notas de la cítara del viento
 y las rosas de plata en los jardines.
 Es una estrofa musical que danza
 sobre la alfombra, Salomé, y se siente,
 en el ritmo gracioso de sus miembros,
 el canto de la voz de los violines.
 De pronto surge, en la argentada fuente,
 la cabeza de Juan con nimbo de oro.
 La danza se congela en la silente
 nieve de luna del palacio blanco,
 y un suspiro de amor con sus dos alas
 de perfume y pasión cruza las salas
 del rey Herodes.
 Salomé se yergue.
 Como dos copas diáfanas, henchidas
 del divino licor de una plegaria,
 alza sus ojos al supremo albergue
 del misterio y de la última esperanza.

Turbada el alma, la princesa danza.
 Sus pies, de una blancura de paloma,
 parecen, deslizándose en la alfombra,
 la plata de dos rayos de alba luna
 sosteniendo el encanto de una sombra.
 Y vuelve a hablar, y sus palabras tiemblan
 bajo el peso infinito de su aroma.
 «Ya estás en mi poder, bello profeta,
 puedo beber el filtro de tus besos
 en esa copa de coral que no habla
 y bañar el martirio de mis manos
 en el agua lustral de tus cabellos.
 Ya estás en mi poder, bello profeta,
 y puedo oír, con mis abiertos ojos,
 la música divina de tu rostro.
 Para huir por la tarde de tu frente
 con la ronda de fieras de mis sueños
 pedí que la mañana y medio día
 quedasen separados de la tarde.
 Por eso estás conmigo, cumbre fría
 de torre sin piedad que vino al suelo
 como una rota flor y un don del cielo,
 para el postrer amor de esta princesa.
 Mirándote, profeta, yo me postro
 para escuchar, con mis abiertos ojos,
 la música divina de tu rostro.»



Y el cántaro de rosas de su vida
 se volcó sobre el agua de la muerte
 para aromar las aguas de otra vida.

